

Vanessa Roghi, *La lettera sovversiva. Da don Milani a De Mauro, il potere delle parole*

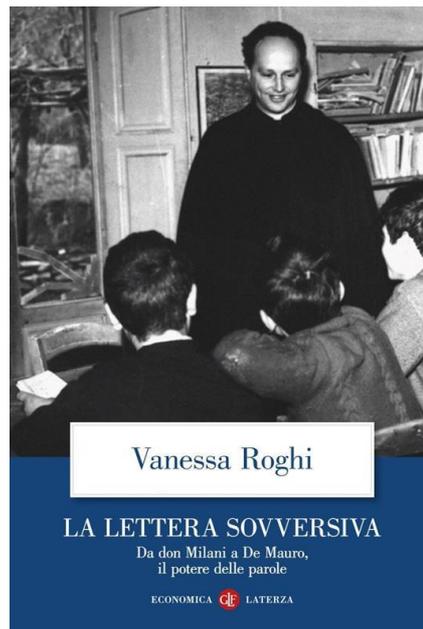
Bari/Roma, Laterza, 2023, 272 pp.

Giulia Ena

Con ocasión del centenario del nacimiento de Lorenzo Milani (1923-1967), la editorial italiana Laterza ha publicado *La lettera sovversiva. Da don Milani a De Mauro, il potere delle parole* (La carta subversiva. De Don Milani a De Mauro, el poder de las palabras). La autora es Vanessa Roghi, historiadora e investigadora independiente y su obra, concebida con paciencia y precisión, reserva a sus lectores una retrospectiva inédita y original sobre la figura de Lorenzo Milani. Valiéndose de numerosos análisis detallados, anécdotas y fragmentos de correspondencia inédita, que van salpicando estas páginas, *La lettera sovversiva* se presenta como el proyecto más exhaustivo sobre el prior de Barbiana.

Uno de los méritos más destacables del libro es que desvincula a Milani de las habituales simplificaciones propagandísticas e interpretaciones arbitrarias. Casi la totalidad de las biografías y reseñas que se publicaron en torno a él se quedaron exactamente allí: girando a su alrededor, o moviéndose en la superficie, sin calar, sin reexaminar o poner en duda las asimilaciones apresuradas y los postulados ideológicos que intentan reducirlo a fenómeno catalogado, comprensible y replicable.

Prior y maestro italiano, Lorenzo Milani fue profeta rebelde y pionero de una pedagogía radical capaz de desvelar y denunciar los procesos de emulación de clase y exclusión social propios de la Italia postfascista. Una pedagogía «restitutoria» que aspira a la reapropiación de la cultura popular desactivando los dispositivos de representación; que pone fin al flujo de miradas esencializadoras, deconstruyendo las narraciones ideológicas y las formaciones discursivas escondidas en su interior. Don Lorenzo Milani tiene el mérito de haber trazado las bases de una cultura no ligada al



lenguaje y la mentalidad de la burguesía. El objetivo del prior florentino es que nadie se quede encerrado en los límites de un sistema previamente definido.

En España, Milani se hizo conocido a raíz de dos escritos: *Experiencias pastorales* (1958), texto sobre su vida en el seminario y sobre sus ideales pedagógicos, y *Carta a una maestra* (1967), obra inspiradora que tuvo un impacto sobre el movimiento social y estudiantil de 1968.

Su biografía es, según Roghi, reveladora y consustancial a la formación de su filosofía educativa. Nacido en Florencia el 27 de mayo de 1923, de padre Albano, químico y terrateniente renombrado, y madre Alice Weiss, de origen judío y alumna de James Joyce, Lorenzo Carlo Domenico Milani creció como un niño privilegiado. El entorno familiar, compartido con su hermano mayor Adriano y su hermana pequeña Elena, ejerció una fuerte influencia en la mentalidad y el carácter de Milani. Era un clima muy abierto, agnóstico y anticlerical, en el que los niños no eran sólo objeto de atención solícita, sino protagonistas de la vida cotidiana, interlocutores en la vida común. Su currículo escolar nunca fue brillante: no por falta de intelecto, sino, más bien, por su evidente intolerancia a las asignaturas tediosas y quizás, incluso, a una forma tediosa de enseñarlas.

270

Al terminar el bachillerato, Lorenzo Milani frecuentó el estudio del pintor Hans Joachim Staude. Este empezó a hablarle de «lo esencial», de la «unidad que debe reinar en toda obra», del «sentido sagrado de la vida» (p. 50). Más que al arte de la pintura, Staude orientó a Lorenzo hacia la búsqueda del absoluto espiritual, del sentido de la vida, y le inculcó la semilla de la búsqueda, la tensión hacia la verdad, o mejor, las verdades. Roghi hace hincapié en que el secreto de don Milani reside precisamente en haber dedicado toda su vida a la búsqueda del sentido, entendido como significado y como percepción de uno mismo y de los demás, a través de los sentidos de la escucha, de la palabra, del corazón.

En 1943, a la edad de 20 años, Milani decidió ingresar en el seminario. Ordenado sacerdote, el 3 de octubre de 1947 fue destinado como capellán a la parroquia de San Donato en Calenzano, a uno quince kilómetros de Florencia. El impacto con aquella pequeña realidad fue revelador de problemas concretos: paro, aparcería, analfabetismo, explotación laboral. De ahí la intuición de que la escuela pueda ser una alternativa para la defensa de los pobres frente a los ricos que detentan el poder, que

la educación pueda proporcionar la armadura intelectual y moral necesaria para liberar a los más débiles del yugo de los poderosos. Y don Milani se propuso hacer escuela, primero en San Donato y luego en Barbiana (en las montañas del Mugello, a cuarenta kilómetros de Florencia): una «escuela popular» que no quisiera simplemente dispensar cultura, sino ofrecer el material técnico (lingüístico, léxico y lógico) para fabricar una cultura «nueva» (p. 87). Un sistema educativo contrapuesto a la escuela-institución, entendida esta como instrumento de poder, fábrica en serie de súbditos ciudadanos y no de hombres libres. Un verdadero terremoto revolucionario de ideas innovadoras que encontraron su realización en el empeño religioso y civil.

«No tanto para colmar el abismo de la ignorancia, cuanto el abismo de diferencia»: el objetivo de don Milani era la eliminación de las insultantes diferencias de clase adoptando, al menos inicialmente, una opción clasista, es decir, garantizando más escuelas a los pobres.

Así nació, adelantándose a su tiempo, la escuela a tiempo completo, sin libros de texto, sin calificaciones y por tanto no selectiva, donde se leía y discutía la prensa, donde se aprendía la crítica filológica de los textos, el uso de los audiovisuales y sobre todo la técnica del arte de escribir (p. 90).

Una escuela, sostiene Roghi, que tiene el deber de hacer política para la causa de la igualdad social, no sustituyendo contenidos *ex novo*, sino inventando nuevas formas de convivencia. Para lograrlo Milani diseña una didáctica en la que todos están implicados, a modo de participantes y protagonistas en la construcción del conocimiento, plenamente «involucrados» en la relación con el otro. Una didáctica de inspiración socrática, basada fundamentalmente en el diálogo y la inducción, que utiliza la ironía y la mayéutica para tomar consciencia de la ignorancia y construir las bases de la argumentación y el pensamiento crítico. De ahí la necesidad de poseer suficientemente el lenguaje, puesto que «la conquista de la palabra constituye la solución más radical, la herramienta más adecuada, el remedio más eficaz y la clave más interesante y fructífera» (p. 92).

El debate sobre la lengua es, inevitablemente, uno de los numerosos corolarios del establecimiento de la «escuela unitaria» italiana. El subtítulo de este libro, *Da don Milani a De Mauro, il potere delle parole (De don Milani a De Mauro, el poder de las palabras)*, resume el tema clave de toda la pedagogía milaniana. El prior florentino reclama la

función social de la palabra para poder optar por una escuela democrática que no reproduzca siempre la misma clase social. Pero hay que salir de la escuela para que el debate sobre la lengua, de funcional para la enseñanza, pase a ser funcional para la nación. Tras la publicación en 1963 del libro que revolucionó la visión del lenguaje italiano, *Storia linguistica dell'Italia unita* del ministro de Educación Tullio de Mauro, la reflexión sobre la lengua y en particular sobre el lenguaje «falsamente técnico, abstracto, contraído y americanizante» se traduce en un «llamado a la acción» de intelectuales, filósofos y lingüistas para reconducir esta «anti-lengua» a sus orígenes y devolverla así a sus «titulares originales»: los pobres (p. 94).

Otro de los méritos de *La lettera sovversiva* es que desmitifica la figura de Lorenzo Milani y el «donmilanismo». Dentro de esta desmitificación, que prescinde de las celebraciones hagiográficas y las divisiones ideológicas, destacan algunas deconstrucciones fundamentales. Ante todo, la idea de que Milani se posicione contra la escuela pública *tout court* y sea instigador de una desobediencia apriorística. En realidad, una lectura atenta de sus obras —Roghi lo facilita incluyendo, con toda meticulosidad, los extractos clave— desvela una rebeldía y «desobediencia» hacia prácticas educativas autoritarias y modelos de enseñanza clasistas que contribuyen a mantener ciertos equilibrios de poder, acentuando así las desigualdades sociales (en particular, hace referencia a la «escuela media unificada» o «escuela única» italiana de 1962 y a la educación diferencial con su clases dedicadas a «alumnos inadaptados a la escuela», que eran verdaderos «guetos para descarriados» y que fueron derogadas afortunadamente en 1977, p. 71).

Sigue la historiadora deconstruyendo las suposiciones y las conjeturas que definen *Carta a una maestra* como «libro rojo» o «chino» y a Milani como «anárquico» y «comunista». También aquí, una lectura atenta revela que el libro sólo analizaba la escolarización obligatoria, que por ser justamente obligatoria no debería haber previsto fracasos, sino una elevación del nivel general de enseñanza. *Carta a una maestra*, publicada en 1967, no es libro rojo, sino un maravilloso manual coral de filosofía, didáctica y lingüística. El proceso de un chico injustamente suspendido por una profesora, expresión pasiva y represiva de un sistema escolar muerto, pero no enterrado, se convierte en un proceso a la escuela tal y como es, en todo el mundo, pero especialmente en Italia.

La *Carta* es un proceso que no se limita a condenar. Al contrario, toma ocasión de la condena para indicar cómo debe ser defendido, educado, comprendido y construido el hombre de mañana a partir del chico marginado de hoy. La *Carta* también ataca el modelo de enseñanza de la escuela italiana. El modelo neopositivista cuyos fundamentos son la selección de clases y el darwinismo social: la idea de que existen hombres capaces de civilizar y dirigir a la humanidad. De hecho, la escuela de posguerra se basaba en el idealismo y el historicismo, en estrecha relación con la reforma fascista de Giovanni Gentile, que junto con Benedetto Croce había animado el debate filosófico en el primer cuarto del siglo XX. Ambos eran modelos burgueses de organización cultural, en los que la exclusión era la estructura de la sociedad y las diferencias definían roles y funciones basados en la prosperidad y la cultura.

Por último, se ha acusado a don Milani de ser el artífice de una supuesta destrucción de la escuela pública. En realidad, «la escuela de antes de 1968», en la que intervino Milani, «generaba una sociedad analfabeta»: el 63% de los italianos no podía entender un texto en prosa; por otra parte, de las clases medias-altas, apenas el 1,9% podía. Es decir, que sólo esta pequeña porción de instruidos, que «había superado una selección que ni siquiera era darwiniana, sino malthusiana», poseía herramientas lingüísticas y culturales (pp. 204-205). A decir verdad, cuando en 1962 se suprimió el sistema que obligaba a los niños y a sus familias a elegir, al final de la enseñanza primaria, entre seguir estudiando para pasar a la enseñanza secundaria o ponerse a trabajar, sólo una pequeña parte siguió estudiando: los que poseían los medios económicos y culturales.

¿Actualidad inactual? Al hablar o escribir hoy en día sobre Lorenzo Milani, no se puede eludir el hecho de que los problemas a los que se enfrentaba siguen siendo en gran medida aún los nuestros; y, aunque los encontremos ahora modificados e incluso desgastados en los años transcurridos desde su muerte, quizá no han cambiado en su esencia.

En definitiva, podemos afirmar que *La lettera sovversiva* nos permite vislumbrar un Milani «sabio», una voz fuera del coro, que disiente y nos aconseja que estemos racionalmente indignados ante las injusticias, las prevaricaciones, los abusos; que cultivemos la sospecha, entendida como duda metódica de inspiración cartesiana, hasta «rasgar el velo de Maya» y acceder a una realidad sin aporías. Una figura compleja y seguramente «incómoda», un intelectual elitista y exigente, escrupuloso y

puntual, casi clínico en sus procesos educativos. Un hombre dicotómico: él, que nunca había fraternizado con los curas y la Iglesia, se convierte en prior riguroso y respetado; él que no nació con vocación de escuela y acaba revolucionando el paradigma educativo. Obediente y desobediente, siempre empeñado en construir una alternativa a lo que se propone demoler, un innovador desde dentro, kárstico. Dice no a los ejércitos que matan a inocentes e indefensos y sí a una paz desafiante, que incluso implica sacrificar su propia vida a cambio. De nuevo, un no a los fracasos en la enseñanza obligatoria y un sí a un compromiso escolar que no conoce vacaciones, ni juegos, ni distracciones.

Exiliado a Barbiana, una especie de Siberia eclesiástica, su voz en vez de acallarse se hizo más fuerte y, cuando murió con sólo 44 años, siguió —y aún sigue— hablando y cumpliendo esa función de piedra angular y de escándalo que debe asumir todo proyecto valiente de renovación humana y religiosa. En sus escritos resuena el maravilloso grito callado de una generación nueva, joven, dejada sin cultivar, abandonada a esas montañas demasiado impermeables y desafiantes para la prisa frenética y desesperada de un tiempo italiano que rechaza y olvida, a veces por necesidad, a menudo por quieta vileza.